

El problema de la muerte desde el punto de vista de la metafísica

CLARENCE FINLAYSON
Universidad Central, Caracas

Tesis: El alma es causa indirecta de la muerte

Explicación: Según la clásica definición de Aristóteles, “el alma es el acto de un sujeto natural orgánico que tiene la vida en potencia”. El cuerpo existe en la existencia de su acto o alma. El cuerpo se ordena al alma como la potencia al acto.

La existencia de la forma substancial impregna en su totalidad la trama orgánica del cuerpo, depositando su hálito vital hasta en la más apartada célula viva, por insignificante que ella sea. La existencia del alma —por ser acto— tiene mayor densidad o perfección ontológica que la existencia y realidad de la materia que por ella vive. La materia, no embargante, cohabita con el alma en unión perfecta y substancial. Para responder a la mayor densidad ontológica del alma el cuerpo se mueve. Es exigido al movimiento por la actualidad del alma. El cuerpo es exigido a más movimiento, por ser más imperfecto. En la medida en que las cosas son perfectas son más inmóviles, había escrito el Estagirita.

La posibilidad de movimiento de la materia —en sentido anagenésico— tiene su límite; una vez alcanzada esta cumbre, como naturalmente el movimiento continúa, el movimiento del cuerpo se realiza catagénicamente, hacia abajo, en descenso. La muerte o corrupción o desintegración simple o funcional de la materia está como estación postrera. Todo organismo está desde su raíz condenado a la muerte. Todo ser llega en potencia al universo, como una semilla, y como todo ente tiene una naturaleza —substancia o principio radical de acción u operación o actividad— dinámica desde su cogollo. Exige e inicia

un movimiento hacia el acto, hacia su culminación, a llenar el campo de sus posibilidades. Cuando adviene y consigue el acto, la plenitud de su desarrollo (hablo de los seres compuestos de materia), no se detiene naturalmente; el movimiento brotado desde su principio le impulsa continuamente. Como no puede ya más ascender, desciende: la catagénesis y el desenlace aparecen en su horizonte. Esencialmente la función del alma es informar el cuerpo y dar la vida, pero al dar la vida —por ser tan perfecta— funda la futura muerte en su extremo final.

Conclusión: En un plano de pura naturaleza todo organismo —por perfecto que sea— está condenado a la muerte. El alma es causa indirecta de la muerte.

Nota teológica: En un estado *praeter* natural o en un estado sobrenatural el hombre puede no estar sujeto a la muerte. La total inmortalidad la pone Dios, que ha querido o quiso —antes del pecado original y con mayor razón después de la resurrección de los muertos— que el hombre finalmente fuera inmortal, en alma y cuerpo. La muerte es el tributo natural que el hombre paga a la naturaleza o esencia de su cuerpo o materia. El hombre, *de jure*, está sujeto a la muerte; de facto, fué y es lo que Dios quiere que sea, que lo elevó a un estado que al final de cuentas se traducirá en un triunfo sobre la muerte —una decisión sobrenatural y extraordinaria de la Divinidad. Prácticamente este *de facto* equivale casi a una razón *de jure* gracias a la generosidad de Dios.

El pecado original introdujo la muerte para el hombre porque destruyó el estado de prenatalidad en que vivía. El pecado original, pues, la introdujo *de facto*. Por naturaleza todo hombre debe morir.

Señores Congresistas:

Es para mí un honor, al mismo tiempo que constituye una gran felicidad, el presentar a ustedes algunas meditaciones filosóficas sobre el problema de la muerte, especialmente sobre la muerte humana. Quiero presentarles un nuevo ángulo de este problema, basado en los principios de la Filosofía Escolástica. Esta base constituye el tema de mi tesis central que puede así formularse:

El alma o principio de vida es causa indirecta de la muerte

Como ésta, mi tesis, forma parte de una teoría más general, de la cual es una aplicación, desarrollaré en el decurso de esta exposición algunas ideas en torno a los principios de los cuales parto y en los que me baso para sostener dicha tesis.

Considero que es menester ampliar muchas de las doctrinas de la filosofía escolástica —especialmente la tomista— y hacer avances en terrenos todavía no explorados. Considero que estos principios están preñados de contenido ontológico susceptibles siempre de nuevas incorporaciones y vistas de conjunto y de deducciones eficaces y fértiles. Ninguno de los sistemas filosóficos de la historia son a mi juicio más ricos y profundos que aquellos de la filosofía perenne. Creo también que es necesario echar nuevas bases o fundamentos para una metafísica de la acción y del movimiento y establecer así el carácter profundamente dinámico de la metafísica tomista. Esta ampliación y nueva fundamentación de los principios nos permitirán incorporar las conquistas realizadas por la ciencia moderna.

Al escribir estas líneas hago mis votos más sinceros y cordiales por el éxito general del Primer Congreso Nacional de Filosofía, el primero en celebrarse en nuestra América Hispana.

Prenotandos

La muerte ha sido siempre uno de los fenómenos que más han llamado la atención de los hombres. El hecho mismo de que los hombres se hallen incluidos en este acontecimiento hace de suyo más trágico el estado del problema. No solamente somos espectadores sino actores en un hecho profundamente personal.

La ciencia actual se encuentra en estado de impotencia para dar una explicación satisfactoria del fenómeno y todavía pueden ser aceptadas sin restricciones las siguientes frases de Hans Driesch, el famoso biólogo alemán: “Lo que la ciencia conoce acerca de la muerte es simplemente esto: una cierta cantidad de materia que estaba firmemente controlada por la “entelequia” llega a ser libre de este control, y entonces obedece exclusivamente las leyes de la causalidad físico-química. ¿Se aleja, se retira la entelequia de una manera activa de la materia, y si lo hace activamente, entonces por qué? ¿Por qué la “re-

gulación” ha llegado a ser imposible?”. (*La Ciencia y la Filosofía del Organismo*, pág. 301). El lenguaje de Driesch es el de un neovitalista. Pero, en las otras teorías de puro carácter empírico nos encontramos con que el problema asume rasgos mucho mayores e intensos.

Sostiene J. Loeb que todo organismo lleva desde el inicio de su existencia una cantidad de cierta substancia química, peculiar y privativamente característica para cada especie. La vida se termina cuando ella es usada en su totalidad. Loeb pretende afianzar su teoría con el hecho de que los animales de sangre fría viven más tiempo en bajas que en altas temperaturas, tal como si poseyeran ciertas substancias químicas cuya reacción se comportaría en esta forma. Pero, ¿cuál sería esta misteriosa substancia química que es inapta para ser asimilada por el organismo como ocurre con todas las otras substancias? Sabemos además que hay infusorios que pueden indefinidamente multiplicarse por simple división y son materialmente “inmortales” en el sentido de que no existe “cadáver”. Y la cadena de células sexuales, conectando la serie de generaciones en forma de “material” es “inmortal” también. “¿Por qué, se pregunta el citado Hans Driesch, es sólo y precisamente *la vida del individuo* la única encadenada a una substancia material destinada a ser agotada y totalmente usada? No entendemos el punto principal”. (pág. 302, obra citada).

Está también la teoría de R. Pearl que ha confirmado uno de los más grandes e importantes descubrimientos de Alexis Carrel, según la cual las células aisladas de un tejido determinado alcanzan a vivir más *de lo que la vida normal de la especie prescribe*. Sostiene entonces esta teoría que en el seno del individuo se produce un intercambio entre los tejidos que a la larga es perjudicial; éstos se empiezan poco a poco a envenenar, y de este veneno paulatino resulta la muerte como desenlace final. Driesch aduce contra esta teoría el hecho de que las células sexuales no son venenosas, *pues pueden vivir indefinidamente* sirviendo de conexión material entre varias generaciones. Otra vez, termina, estamos moviéndonos en la periferia del problema.

Todas estas explicaciones de naturaleza biológicas no han llegado a madurar todavía definitivamente. Siempre tenemos además *el problema de la muerte como desenlace individual*.

Observaciones sobre los prenотandos

El organismo viviente representa un vasto conjunto de unidades físicas de materia. Cada una posee su propia entelequia¹ antes de entrar en el torrente de la vida; cada una la vuelve a recobrar cuando la vida ha abandonado el cuerpo. Apenas las unidades o elementos físicos han penetrado en la vida, han participado de esa misteriosa corriente que se yergue por encima de las meras leyes físico-químicas; en el mismo instante de su conversión a los elementos primarios de la actualidad vital, en el más primitivo protoplasma, adquieren un sentido funcional dinámico de unidad, una misma entelequia que les impone desde dentro su condición espontánea de obediencia como si participaran de un solo principio de vida de todas las actividades del organismo. Esa dirección proviene y brota desde el más profundo interior, del íntimo secreto del ser vivo. Es un movimiento immanente; una tendencia constante a la autonomía reguladora y perfectiva, a edificar dinámicamente el castillo de la propia vida autóctona en la medida de las posibilidades. Allí radica en el fondo la básica distinción entre las operaciones vitales y las dinámicas, como lo hace notar muy claramente Robert Brennan, O. P., en su obra *General Psychology*, pág. 67, que cita la frase de O'Toole que es profunda y decidora: "*The radical difference between living and non-living units does not consist in the possession or non possession of an entelechy, nor yet in the peculiar nature of the forces displayed in the execution of vital function, but solely in the orientation of these forces towards an inner finality*" (*The Case Against Evolution*, pág. 176).

Para explicar este dinamismo funcional hay muchas teorías vitalistas que han derramado luz sobre varios aspectos del problema y que a pesar de haber sido formuladas hace algunos años no dejan de mantener cierta vigencia indudable. Eugenio Rignano sostiene que la materia viva es apta para levantar y erguir cantidades de energía que recibe desde el exterior, energía peculiar que es diferenciada cualitativamente y repartida en el organismo según las diversas necesidades. En los estados embriogénicos la célula germen constituye un centro dinámico del que irradian dosis de fuerza biótica a todas las demás células en sucesión, dirigiendo el curso de su desarrollo que

¹ "Entelequia" indica el agente formativo del organismo y "psicoide" el principal factor que dirige la actividad vital.

procede por una nueva formación de partes u órganos, una epigénesis de la masa original y relativamente simple del protoplasma en el huevo. Según él, es este constante intercambio de energías el que construye la vida de un organismo. Los mismos esenciales conceptos están representados por la "hormé" de von Monakow, la "actividad hórmica" de Mc Dougall, la "libido" de Jung, la "energía biótica" de B. Moore, el "bión químico" de Osborn y el "élan vital" de Bergson.

Los cuerpos inorgánicos se comportan esencialmente distintos de los seres vivos. Para Aristóteles, el cuerpo está ordenado en el ser vivo, como la potencia al acto. Este acto es el alma. O'Toole dice certeramente en la obra ya citada (pág. 175) hablando de las transformaciones de los cuerpos inorgánicos que: "*entelechy is the variant and matter is the constant, but in metabolic change, matter is the variant and entelechy is the constant*", lo que traducido significa: "la entelequia es la variante y la materia es la constante, pero en el intercambio metabólico la materia es la variante y la entelequia es la constante".

Poco se ha meditado entre los escolásticos a mi parecer en este hecho fundamental. De este hecho quiero deducir mi teoría que aparentemente puede sorprender a aquellos que no han profundizado lo bastante en los principios de la filosofía de Santo Tomás de Aquino. He expuesto con antelación parte de esta teoría en una reunión de filósofos católicos en la Universidad de Notre Dame, realizada hace algunos años, y parte también fué publicada por la *Revista de Filosofía* del Instituto Luis Vives de Madrid, pero hoy la resumo agregando algunos aspectos nuevos.

Teoría hilemórfica de Aristóteles

No voy a entrar en una exposición de esta teoría tan conocida. Baste decir que la explicación del alma y el cuerpo respecto de la vida orgánica se basa en la teoría general de la materia prima y de la forma substancial. La vida se define generalmente como "un movimiento inmanente". Podría agregarse a la definición que "la vida es un movimiento inmanente en función de la unidad", aunque tal vez sea un pleonasma. Explícitamente, sin embargo, se añade un elemento que derrama más luces sobre el problema. La vida es en realidad un movimiento continuo e inmanente. La continuidad es un elemento necesario en esta clase de movimiento.

“El alma, ha dicho Aristóteles, es el acto de un sujeto natural orgánico que tiene la vida en potencia”. El acto en cuanto al ser tiene prioridad sobre la potencia. Este es un axioma metafísico “*quoad sapientes*”. No es el alma —rigurosamente hablando— la que existe en el cuerpo sino que es el cuerpo el que existe en la existencia del alma. La potencia existe en un ser actual. No es el alma, en el fenómeno de la muerte, la que abandona al cuerpo, sino que es éste el que le es desleal al alma. Su corrupción o descomposición, sea física o funcional, somática o fisiológica, hace que el principio de la vida no pueda informar el organismo.

Explicación metafísica de la muerte

1. El alma es la forma substancial del cuerpo y coexiste con él con unión substancial.

2. El alma, al ser el acto del cuerpo, funda en el organismo un movimiento continuo e inmanente que se llama la vida. La materia orgánica es exigida a moverse por la actualidad dinámica que le concede el alma o su principio vital. Pero el cuerpo es limitado y este movimiento resultante será limitado en última instancia. Apenas nacido el organismo —todo ser absolutamente hablando, en los seres limitados, viene al universo en estado potencial— necesita desarrollarse y alcanzar su acto operacional o plenitud de sus posibilidades (por la operación el ser se desenvuelve y actualiza como naturaleza en estricto sentido, *natura stricto sensu*). El movimiento de ascenso o anagenésico encuentra su límite en la plenitud de sus posibilidades subjetivas o potenciales. Una vez alcanzada esta cumbre, como todavía es exigido al movimiento y, como el movimiento tiene su límite, inicia un proceso catagénico o de descenso, caedizo. La última estación es el desenlace o muerte. La vida podría simbolizarse en un escaleno, puesto que hay un trecho biológico de plenitud que posiblemente en el hombre se realice desde los treinta años hasta los cuarenta. Es el alma la que infunde este movimiento tanto de subida como de caída. Tanto en el nacimiento como en la muerte el alma tiene su participación.

3. La muerte del organismo se produce como una necesidad natural y metafísica, como un exceso de perfección del alma, puro principio de vida. La paradoja es impresionante, pero no menos cierta. La materia se desgasta porque no puede seguir la actualización cons-

tante de la riqueza inmortal del alma en un movimiento sin término. La materia se desgasta, en cierta manera, en beneficio del alma.

4. La materia orgánica vive en la vida del alma, en la existencia de su principio, y de ahí su permanente actitud dinámica hacia la superación de sí misma, de su propia ley física, a vivir la existencia superior de su acto. Esta ley hacia lo alto no brota de la misma materia sino de las raíces del principio vital que le ordena la ascensión. Aquí podemos ver también otra razón que nos explica el rápido desgaste de la materia y la necesidad del metabolismo incesante: por tender a la superación es exigida al sacrificio y a la destrucción, para que sobre ella se yerga la vida en su espiral hacia arriba, sobre las postulaciones de la muerte. No pudiendo seguir la existencia superior de su alma adviene una especie de trágica conjunción existencial: la muerte. La muerte está en el horizonte de todo organismo.

La teoría general o fundamentos para una metafísica de la acción

La antedicha explicación de que el alma es la causa indirecta de la muerte sería una aplicación de una teoría más general que resumo así:

1. Todo ser limitado es un compuesto de potencia y acto. El primer acto es la existencia. La existencia es el acto del ser y lo pone a éste fuera de sus posibilidades. El existir pone en la esencia una semilla o "tensor" de actividad o de movimiento. La esencia respecto de la existencia se ordena como la potencia al acto. La esencia es exigida a actuar o a moverse por la existencia.

2. La co-existencia de elementos o realidades potenciales respecto de otros elementos o realidades actuales o más actuales produce el movimiento. En última instancia el ser limitado se mueve requerido por la Actualidad Infinita de Dios. No puede existir un universo que al mismo tiempo no se mueva o esté en acción. La acción, utilizando la expresión de Maurice Blondel, es "*la parturition de l'être*", es el parto del ente. En esta forma ha de interpretarse la definición del universo dado por Aristóteles cuando dice que "el universo es un conjunto de cosas que se mueven". Esta explicación involucra el sentido de la inconcebibilidad de un universo absolutamente estático. Un universo existente estará siempre en acción o movimiento.

3. Parto ahora de una co-existencia de dos realidades distintas

como son la substancia y los accidentes. Los accidentes no existen en sí mismos sino en la substancia. Los accidentes son obligados a moverse para responder a la mayor "densidad ontológica" (permítaseme la expresión) de la substancia, tal como cuando hago girar una piedra amarrada al extremo de un cordel ésta se mueve más para responder a la energía central. Todo accidente, pues, por conclusión de su misma definición analítica, entraña el movimiento, o tiende a él, como respuesta a la actualidad o "densidad ontológica" de su substancia.

4. Veamos una aplicación al orden de la física y véase cómo es posible deducir la cuarta dimensión de los físicos relativistas por vía puramente racional o metafísica, del más puro razonamiento. Por ejemplo: la extensión es la manifestación exterior de la cantidad y es un accidente de la materia (hablo de la materia segunda o cuerpo). Por consiguiente está en movimiento en alguna forma. Luego entraña el tiempo, que es la medida del movimiento según un antes y un después. (Dejo de lado el elemento *ens rationis* que implica a su vez una inteligencia que mide). Luego, no puede concebirse un Espacio sin su correlato Tiempo. La dimensión Espacio-Tiempo es deducida así del simple análisis racional.

Final.

Me honro en presentar a los miembros del Primer Congreso Nacional de Filosofía esta tesis para que sea ampliamente discutida y para que sobre ella se derramen nuevas luces. Hoy más que nunca pienso en la necesidad de intensificar y de ampliar los eternos principios de la filosofía del Aquinate, de la cual me confieso un discípulo humilde y amante. Todos estos principios tienen hoy vigencia y la tendrán siempre porque son eternos. Todos ellos concurren a una formulación existencial que nace en última instancia del poder creador de Dios y que puede sintetizarse en aquel verso magnífico del Dante: "*L'Amor che muove il sole e l'altre stelle*", "el amor que mueve el sol y las demás estrellas". Es este Amor el único que da sentido a la vida y al universo.

Conclusión: En un plano de pura naturaleza todo organismo —por perfecto que sea— está condenado a la muerte. El alma es causa indirecta de la muerte.